

*Crespo Buiturón, Marcela*

## Poéticas del retorno en la narrativa argentina de las últimas décadas : La (re)construcción de una identidad a la deriva

---

**I Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX**

*26, 27 y 28 de septiembre de 2012*

**CITA SUGERIDA:**

Crespo Buiturón, M. (2012). *Poéticas del retorno en la narrativa argentina de las últimas décadas : La (re)construcción de una identidad a la deriva [en línea]. I Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, 26, 27 y 28 de septiembre de 2012, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:* [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.2536/ev.2536.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2536/ev.2536.pdf)

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.  
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



## Poéticas del retorno en la narrativa argentina de las últimas décadas: La (re)construcción de una identidad a la deriva<sup>1</sup>

Marcela Crespo Buiturón

Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
[marcela\\_gladys\\_crespo@hotmail.com](mailto:marcela_gladys_crespo@hotmail.com)

-¿Reconocés la ciudad?

-No, ahora no quiero verla. Después –dijo Simón mientras acariciaba a sobrinos ignorados y trataba de evitar que sus ojos pudieran ver, intuir acaso, lugares que se había reservado para después, cuando las emociones familiares no perturbaran una liturgia minuciosamente elaborada en la distancia.

Sergio Bufano, “Simón en la ciudad”.

### Introducción

Como sugieren las palabras citadas en el epígrafe, el regreso del exilio se convierte, para los afectados, en una suerte de liturgia, de ceremonia solemne en la que participan el desterrado y sus familiares y amigos. Si bien es diferente en cada caso, hay lugares comunes que se repiten en prácticamente todos: la expectativa al visualizar Ezeiza desde la ventanilla del avión; la ansiedad previa al reencuentro; los abrazos de bienvenida en los que el contacto físico adquiere un relieve del todo simbólico; las preguntas de los anfitriones y las respuestas ahogadas por la emoción de los recién llegados...

El retorno se perfila así como uno de los grandes tópicos del exilio y, en muchos casos, en una de las utopías más acuciantes. En este sentido, pensarlo desde la fragmentación y duplicación del espacio y el tiempo, características del exilio, dispara una de las problemáticas más largamente discutidas por sus protagonistas y por la historiografía y crítica literarias: ¿es posible restituir la unidad perdida con el regreso?

El desgarró en el exilio tiene múltiples facetas y reelaboraciones estéticas, pero en términos generales sigue un derrotero común al presentar al exiliado como un ser a la deriva, en tierra ajena, intentando conciliar la realidad y el deseo, viviendo la experiencia desde una mirada positiva -si

---

<sup>1</sup>Esta propuesta se enmarca dentro de mi proyecto de investigación en el CONICET (2010-2012): “Poéticas del exilio en la narrativa argentina de las últimas décadas: Un resquicio ontológico en la dimensión política”, radicado en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la UBA.

abstrae la problemática política y la convierte en espacio de reflexión y conocimiento- o padeciéndola -si la entiende como castigo-; dislocado temporal, espacial e identitariamente, si se me permite el neologismo; extrañado del presente colectivo, siempre percibido como relacional y definitorio; incierto y ambiguamente suspendido entre dos tiempos: el pasado añorado frente al presente, inicialmente perturbador, amenazante y difuso, pero que progresiva y paradójicamente se va transformando en familiar y acogedor, aunque nunca alcance a reemplazar al primero; y dos -tal vez tres- espacios (la patria, la imagen de esta idealizada en el recuerdo y el país receptor). Estas fracturas proyectan un sinfín de emociones encontradas que subrayan la carencia de su tierra natal, imaginada más que recordada, que bien sintetizan los versos de un poema de Julio Cortázar, “Veredas de Buenos Aires”:

A mí me tocó un día irme muy lejos  
Pero no me olvidé de las veredas  
Aquí o allá las siento en los tamangos  
Como la fiel carencia de mi tierra. (72)

El exiliado escenifica en el recuerdo una lucha sin brechas entre una tierra materna entendida como fuente de vida y como expulsora, lo cual, en el destierro, equivale irremisiblemente a la imagen de muerte. Asimismo, el país que lo recibe lo instala en medio de otro debate, en muchos casos más psicológico y emocional que político: el de considerarlo refugio o territorio enemigo, por lo que tiene tanto de acogedor como de ajeno y hostil.

Estas dualidades, que no escapan a lo siniestro, suponen la aparición de sentimientos extremos y crudos, como son el miedo -a la muerte, antes y aún después de la partida y a lo desconocido - (Korinfeld) y la culpa -generalmente asociada a la sensación de traición a la causa por haberse ido del país y por dejar librados a merced de la represión a los que se quedaron- (Del Olmo), pero también permiten aflorar, en algunos de sus protagonistas, una creatividad inusitada, aunque primero deba enfrentarse a un periodo de duelo (por la expulsión de su colectivo y por la imposibilidad de reflejar su identidad en el rostro del otro, que se percibe como discriminador y amenazante<sup>2</sup>), en el que no es posible escribir nada.

¿Puede el regreso, entonces, permitirle al exiliado recuperar el espacio y el tiempo perdidos; reencontrarse con el pasado y reinsertarse en el decurso natural de una sociedad, superando esa suerte de hiato en que ha devenido el destierro? ¿Puede restituir esa identidad fragmentada, que

---

<sup>2</sup> Lo curioso de esta idea es que tanto el exiliado percibe de esta forma al habitante del país donde se exilia, como este lo percibe a él, lo cual ya permitiría una primera identificación especular entre ambos.

ahora se ve jalonada entre la cultura propia –que ya se ha vuelto, en cierta medida, algo difusamente ajena- y la de adopción, incorporada casi como propia durante el exilio? Estos son, tal vez, algunos de los interrogantes más perturbadores, ya que esos espacios y tiempos sobre los que se debate no son exactamente los mismos en el retorno que los que dejó el exiliado en el momento de la partida. También las relaciones e intereses con los coterráneos cambian, como lo comenta Sergio Bufano en una entrevista que le hiciera Federico Lorenz para Memoria Abierta, en la que plantea que a su regreso, luego de la alegría por el reencuentro y el intercambio de anécdotas vividas por ambas partes, sintió que ya no tenía mucho que ver con sus antiguos compañeros de lucha. Asimismo, Nicolás Casullo da una vuelta de turca más a la cuestión y dibuja una imagen del exiliado, que retorna que es percibida como la de un ser extraño, ilegible y pernicioso:

Yo era para ellos un lenguaje indescifrable, una pretensión íntima antojadiza, un regresado de la estratósfera, un muerto viviente, un medidor de la muerte, una biografía incontable que había glorificado la violencia, una identidad perniciosa a la sociedad y la gente... (225)

Desde el comienzo, ese “ellos” exclusivo al que alude Casullo marca un fenómeno de distanciamiento con ese “uno” que rememora. Y el “lenguaje indescifrable” y la “biografía incontable” subrayan, sin lugar a dudas, el desgajamiento de este último de su sociedad de origen: ya no forma parte de la narración colectiva de su grupo y, en muchos casos, constituye una traba para aquellos que desean silenciar la historia vivida porque, si hay algo que el exiliado retornado representa es la memoria viva que demanda ser explicitada.

La visión que cada cual tiene de lo sucedido y experimentado abre nuevas brechas y reactualiza la cruda ambigüedad de la condición del que regresa, que no lo abandonará por mucho tiempo o, tal vez, nunca.

### **¿La mirada esperanzadora?**

En el marco de una narrativa argentina de las últimas décadas, se hace presente una línea estético-ideológica de menor envergadura, pero sin duda existente, que plantea una visión del exilio un tanto peculiar, la cual supone una transformación de la figura del *exiliado* en *peregrino*, con todas las connotaciones metafísicas que este último conlleva y que están presentes desde la definición misma del vocablo: “que está en esta vida mortal de paso para la eterna” (Diccionario de la Real Academia Española), y que conlleva la posibilidad de la consecución de la utopía del regreso -puerta de acceso a la recuperación de la identidad- mediante la estrategia de la búsqueda del origen perdido, que acercaría al hombre a lo sagrado, prescindiendo de lo accidental de cualquier experiencia concreta y dándole una esperanza liberadora de la sensación de desarraigo al

cuestionar el concepto mismo de exilio. Esta estrategia, de evidente raigambre filosófica, descansa, de alguna manera, en la afirmación –con claros resabios de la teoría kantiana- de que la razón humana –predispuesta a lo metafísico- siempre tiende a buscar lo absoluto, aunque nunca lo alcance (otra utopía). Dicha razón concibe al espacio y al tiempo como únicos (las supuestas diferencias solo serían partes o fragmentos de un todo), que abre una alternativa muy operativa, pues logra la anulación de esa duplicación de espacios y tiempos: Si solo hay un tiempo y un espacio, la dualidad que soporta el exiliado hallaría su remanso en la posibilidad de que sus espacio/tiempo en el exilio no sean *otros*, sino partes de los mismos tiempo/espacio únicos que aseguran la restitución de la unidad perdida, como podrían sugerirlo las palabras del personaje Rosalind Kildare de la novelista María Rosa Lojo<sup>3</sup>:

He cruzado dos veces el Océano y el Río del Olvido.

Por dos veces he tenido que olvidar quién era y quién había sido, y lo que deseaba y lo que temía y ahora soy solamente una niña vieja.

Quien olvida dos veces nada olvida.

Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte... soy dos. Soy las dos. Y ellos son otros, en la misma tierra. (181)

Lojo -quien ocupa el lugar de los escritores que han vivido una suerte de transmisión “histórica e inter-generacional en la que el exilio se podría inscribir” (Korinfeld, 95) por ser hija de un exiliado español republicano en la Argentina, construyendo así otra imagen posible del destierro: la de los hijos, no protagonistas directos, pero sí herederos-, hace confluír ambos tiempos, el pasado y el presente, en la imagen de esa “niña vieja”, y ambos espacios en la conjunción expresada por la frase “en la misma tierra”, gracias a una fuerza ajena a la voluntad humana (Dios, Tierra Adentro, etc.), que asegura la restitución de la unidad perdida, anulando las perturbadoras antinomias que desgarran al exiliado.

Siguiendo la misma línea de abordaje, la cuestión identitaria, que no descansa solamente en el cronotopo, sino que plantea su mayor desafío en la identidad especular con el colectivo, se resolvería bajo la concepción de un mismo cuerpo, personal y social, una misma substancia física, hasta una misma substancia pensante, pero dislocada: “...soy dos. Soy las dos” (el uno en el exilio más el uno que vuelve a su patria). En este sentido, este enfoque parece concebir a la identidad de la

---

<sup>3</sup> El personaje es una exiliada que vuelve a su tierra natal, Galicia, luego de vivir en el destierro en la llanura pampeana, en una comunidad ranquel.

persona, esta vez con reminiscencias de las teorías de Locke, como la conciencia de sí mismo a pesar del paso del tiempo y de los cambios en las substancias.

El problema en el exilio surge cuando, justamente a pesar de que el exiliado tiene memoria de sí mismo en el pasado, se instala en el seno de su propia conciencia –entendida como centro irradiador de sentidos- una fractura insalvable que impide que reconozca la identidad entre ese ser que fue en el pasado y el que es en el presente. Porque la problemática identitaria se aloja precisamente desbaratando esta lógica que este filósofo inglés sintetiza en pocas palabras: “en eso solamente consiste la identidad personal, es decir, la mismidad del ser racional [...] es el mismo *sí mismo* ahora que era entonces; y esa acción pasada fue ejecutada por el mismo *sí mismo* que el *sí mismo* que reflexiona ahora sobre ella en el presente” (Locke, 318).

Si, como planteara Hume, el ser humano tiende a buscar relaciones entre las cosas para evitar o disimular su diversidad, para “creernos en posesión de una existencia invariable e ininterrumpida durante toda nuestra vida” (401), lo cual es propicio en un entorno en el que el cambio inevitable se da en forma gradual, por lo tanto, casi imperceptible, si estas son, entonces, las condiciones que deben cumplirse para que esta empresa sea exitosa, el exiliado está irremisiblemente condenado al fracaso. Desgajado de su lugar de origen, de un sentimiento colectivo de pertenencia, implantado en un lugar que siempre es otro, ajeno y exterior, esa identidad buscada, que depende, como sostiene el filósofo, de esas relaciones de semejanza, contigüidad y causalidad que el hombre “imagina”, solo halla en su entorno la temida diversidad.

La memoria, que se ha considerado tradicionalmente como “la fuente de la identidad personal”, que la descubre y preserva, es para el exiliado una suerte de denuncia de la fractura: un recordatorio permanente de la diferencia y de la pérdida de esa unidad identitaria infructuosamente buscada.

Por lo tanto, esos “sí mismos”, que deben ser idénticos para Locke, se vuelven ajenos el uno para el otro en la conciencia del exiliado. El sí mismo del pasado es el único que se considera auténtico, por lo tanto, el sí mismo que reflexiona sobre él en el presente es una farsa, un sí mismo que ha acaecido por un error de la Historia (en el caso del tema en cuestión, la guerra civil o dictadura responsable de la expulsión). Y el sí mismo que circula por las calles de ese nuevo espacio y tiempo del exilio, apenas un fantasma, una copia desleída y, en algunos casos, una ficción creada para sobrevivir al desgarrar. La misma autora citada anteriormente, María Rosa Lojo, luego de publicar el texto de la cita, confina en su novela *Árbol de familia*, la problemática situación del exiliado a una figura más que significativa y del todo desgarradora: el corredor, cronotopo de los dislocados:

-Nunca podré volver del todo –susurro- pero tengo el corredor.

-¿Qué corredor, qué dices? –insiste, acercando el oído, creyendo que se engaña.

-Es como un pasillo –balbuceo- para ir y venir, donde se está y no se está.

-Mala cosa, los pasillos. No hay más que corrientes de aire, y frío... Dónde vas a poner allí una buena cama para dormir cuando te canses.

-En ningún lugar –susurro-. No hay descanso. (138)

Un lugar de paso, que evidencia claramente la aporía del regreso, no del físico, desde luego, sino del ontológico.

La ficción, para el exiliado, entonces, no es un recurso del intelecto para unificar las percepciones, para identificar diferentes instancias (pasado-presente, aquí-allá), sino una estrategia que le permite elaborar una máscara de proyectos renovados en el nuevo mundo. En definitiva, una puerta abierta al olvido de esa unidad perdida.

Esta racionalidad del exilio supone, aparentemente, una constitución y una lógica diferentes, que problematizan las posturas filosóficas comentadas, pero que están en permanente diálogo con ellas porque, en cierta medida, lo que los exiliados buscan es esa restitución de un original extraviado y que haya su lógica en razonamientos como los que estamos tratando. Si no la verdadera, al menos la más acuciante utopía del exilado sería, entonces, encontrar el camino de regreso no solo a su país de origen, sino a esa unidad primigenia que pueda garantizar, a su vez, la restitución de la unidad identitaria.

En esta búsqueda, la única salida posible para algunos escritores que plantean situaciones de fractura identitaria por el exilio parece ser la vuelta a lo sagrado.

### **¿Es posible, entonces, el regreso?**

Las respuestas a esta pregunta son múltiples y diversas<sup>4</sup>. Un caso curioso es el del escritor cuya cita aparece en el epígrafe de este trabajo: Sergio Bufano. Cuando Federico Lorenz lo entrevistara para los archivos de Memoria Abierta, él aseguraba que su regreso había sido “perfecto” y comentaba brevemente, entre otras cosas, un feliz recorrido que hizo los primeros días por la calles Florida y Lavalle. Fijando este dato, lo que resulta peculiar es que la misma anécdota aparece en su cuento “Simón en la ciudad”, publicado en 1983 –año en que volviera al país- en el volumen *20 cuentos del exilio*, cuya selección estuviera a cargo de Humberto Constantini. Pareciera que el cuento expresa el temor al regreso que el autor experimentó en el exilio, antes de hacer efectivo su viaje, ya

---

<sup>4</sup> He expuesto algunas de ellas en: “El regreso: ¿utopía o realidad? Una problemática acuciante de las víctimas de la espera” en *El exilio del retorno*. Mar del Plata: Heterónimos, 2012, pp. 167-186.



que ese paseo por las calles Florida y Lavalle en el cuento es diametralmente opuesto a la vivencia real que luego comentara en la entrevista, realizada en 2001. De allí, que pueda sostenerse, sin duda, que habría un antes y un después en la narración del exilio: un antes del regreso y un después, cuando supuestamente se lo consigue.

En definitiva, “Simón en la ciudad” puede pensarse como un ejemplo paradigmático de la cara oscura y siniestra del retorno.

Luego de diez años de exilio en México, Simón vuelve a Buenos Aires, “su” ciudad. Ansioso por volver a transitar por sus calles y por reencontrarse con sus seres más queridos, llega un sábado de diciembre. Su familia lo espera en el Aeroparque y lo conduce hasta la casa paterna, donde le tenían preparada una fiesta de bienvenida.

Por la tarde, rechazando ofrecimientos de visitas acompañadas por la ciudad, prefiere que el reencuentro con Buenos Aires sea en solitario. Recorre calles, plazas, librerías, bares, observando los cambios que se habían operado en la gran urbe. Casi como si se midieran uno a otra, tanto Simón como la ciudad fueron reconociéndose, aunque una sensación de extrañamiento fue invadiendo el espíritu del exiliado que, si bien percibía acentos, actitudes, gestos y lugares como conocidos, ya no le resultaban tan familiares.

Como por milagro, encuentra a una pareja amiga y juntos van recuperando, sentados largas horas a la mesa de un bar, el pasado perdido. Se separan con la promesa de verse pronto y de buscar a otro amigo en común.

En el camino de regreso a la casa paterna, andando por uno de los lugares más concurridos de la ciudad, Simón presiente sin poder contenerlo el llanto que viene asechándolo desde que atisbara por la ventanilla del avión la silueta de Buenos Aires. Lo arrasa sin contemplación y lo obliga a detener la marcha, mientras la gente va agolpándose a su alrededor, ofreciéndole ayuda.

Sobre el pavimento, queda una foto desgastada, que se le ha caído del bolsillo a Simón, de una pareja cuyo paradero permanece desconocido.

El recorrido siniestro y la foto son algunas de las claves del planteo ficcional de Bufano, que lo ubican en la contracara de su narración testimonial.

El derrotero de Simón por su ciudad es un mapa de contradicciones y desesperanzas, cuya primera visión está signada por sensaciones encontradas:

Hay, pensó, más colores que antes. Y no me disgusta. Extraño es que no lo disgustara porque la memoria resguardó siempre al Buenos Aires gris. [...]

Pero ésta era otra ciudad, de colores despiertos, flamantes, que rechazaban los opacos [...] Si algo lo irritaba de esa visión de belleza es que había sido construida durante su ausencia, sin su



participación... (121)

La belleza duele porque no se ha participado en su nacimiento. El exiliado ha permanecido en un hiato insalvable que convierte al “nosotros” en un irremisible “otro” con el que ya no es posible identificarse totalmente.

De esa misma belleza no del todo ajena podría intuirse y restituirse lo que al exiliado le resulta familiar. Tal vez una base descolorida y tosca, pero persistente. Hallarla en el recorrido solitario por la ciudad conlleva, sin embargo, un riesgo: ¿cómo enfrentarse a los fantasmas? Simón lo sabe, pero sin embargo, lo intenta, consciente de que la memoria y los sentimientos acumulados durante años de exilio lo asechan en cada esquina:

Si lograba penetrar en este corazón caliente de la ciudad sin que se desmoronasen sus sentimientos, entonces habría cumplido su propósito; podría vivir aquí, habría encontrado el lugar que le corresponde. Si conseguía eliminar los espectros que lo acosaron fuera de éste, suyo, territorio, tendría asegurada la existencia. (122)

El relato de Bufano emprende entonces un juego siniestro protagonizado por esos espectros. Cuando Simón llega a la 9 de Julio, se queda paralizado “cuando entre toda la gente [distingue] a dos de los fantasmas aparentemente fenecidos” (122): “Quizás, pensó, sea yo el espectro” (122).

Este encuentro en su primer día en Buenos Aires le permitiría, sin duda, atenuar “la visión de tantos rostros desconocidos y distantes” (123), conversarían, rememorarían tiempos pasados, harían planes para un futuro compartido... Pasan varias horas juntos y, al despedirse, prometen volver a encontrarse para celebrar en algún restorán: “El más elegante, propuso ella” (124)... A partir de entonces, esos temidos sentimientos al asecho lo desbordan. El final del cuento se precipita:

Llegó, por fin, a Florida y halló la marea humana que se desplazaba lentamente con dirección a los cines de Lavalle. Se sumergió en ella y se dejó llevar, arrastrado, aprisionado por cuerpos en los que reconocía perfumes, acentos, palabras y también soberbias. Este era su universo, el que le robaron durante diez años, el que nunca tendría que haber abandonado, el mismo universo que se repitió, día tras día, sin contar con su presencia, ignorándolo, sin saber que había un ausente, Simón, impedido de participar con todos ellos en ese rito colectivo.

Y justamente, de ese lugar recuperado y familiar es de donde Bufano hace emerger la amenaza y la desesperanza. El llanto arrasa a Simón mientras la gente se agolpa a su alrededor, intuyendo la crisis, y en ese mismo momento, se ve catapultado hacia otro espacio de lujo que no es precisamente el que prometía la amiga reencontrada, pero que el escritor argentino ficcionaliza como su forma especular:

... entre todos lo ayudaron a cruzar la avenida Juárez para sentarlo en el salón del Hotel del Prado, junto a una imagen de muerte de Diego Rivera.

Sobre el pavimento, caída de su bolsillo, perdida entre la gente, quedaba una fotografía ya bastante maltrecha. En ella aparece Simón, de pie, sonriente. Junto a él hay una pareja cuyo paradero nunca se pudo establecer.

La avenida Juárez, el Hotel del Prado y Diego Rivera son referencias indiscutibles a México, lugar donde Simón se había exiliado. Es decir que termina siendo arrastrado por sus coterráneos, supuestamente recuperados, hacia el hotel mexicano y acompañado hasta los pies del mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, que Rivera pintara en 1947 en el salón comedor del Hotel del Prado, entonces ubicado sobre la Avenida Juárez, en el centro histórico de México, y que tiene como figura principal a la Calavera Catrina. Todos los caminos conducen irremisiblemente a la muerte.

Buenos Aires y México, el restaurán de lujo al que irán a celebrar y el Hotel del Prado, el genocidio mexicano que simboliza el mural de Rivera y el provocado por la última dictadura militar argentina confluyen en una foto desleída que reproduce la imagen de tres fantasmas.

¿Es posible el regreso en el cuento de Bufano? Claramente, se plantea una vez más su aporía.

## **Conclusión**

Puede sostenerse, en líneas generales, que la experiencia del exilio, así como su ficcionalización, gira en torno a tres ejes fundamentales: el desarraigo, producto de la expulsión del lugar de origen; la fractura identitaria, debido a la dislocación y la necesidad de inserción en el país de acogida, lo cual supone la convivencia de dos mundos paralelos: el propio, llevado cual mochila en el recuerdo, y el ajeno, en la cotidianeidad; y el retorno, obsesión siempre presente en la vida del exiliado. El mismo Bufano comenta en la entrevista de Memoria Abierta que el regreso era “contagioso”, por lo que ha derivado de una de las grandes utopías –o aporías, según los casos– tanto de la experiencia antropológica como de su elaboración estética. Estos movimientos u oscilaciones son los que sintetiza Galimberti al plantear una vida signada por el dolor en el destierro:

El dolor del extranjero consiste en el hecho de que, si se aleja excesivamente de su propio origen, pierde su identidad; por lo tanto, si se familiariza demasiado con el nuevo ambiente en el que ha inmigrado, pierde su origen y, al mismo tiempo, si no se familiariza, pierde la relación. Por lo cual el extranjero está en el baile constante de perder o bien socialidad o bien identidad, o relación o bien origen. (64)

Si bien la imagen ficcional del exilio se ajusta bastante a este panorama, la testimonial no siempre condice con ella. En los dos casos abordados, la utopía se convierte en aporía, aunque

luego los mismos escritores, en sus declaraciones testimoniales, planteen la posibilidad de superarla y rescaten ese intercambio cultural que le ha permitido el exilio y que no ha logrado desbaratar, aunque si problematizar en su momento, la seguridad identitaria.

La forma en que diferentes escritores, que han atravesado las tres instancias mencionadas y que han reflexionado sobre las posibilidades de concreción de la utopía del regreso ha sido, entonces, el eje vertebrador de este pequeño ejercicio, en el que se ha intentado elaborar una aproximación a esa poética del retorno en la literatura argentina, planteando dos de sus caras posibles: la primera, como la búsqueda de un regreso, no ya a la tierra enmarcada por una frontera política, sino a una tierra universal, primigenia, de claros tintes ontológicos, y la segunda, como indagación sobre la posibilidad de la reinserción social y política del exiliado al decurso natural de la historia de su colectivo.

## **Bibliografía**

CASULLO, Nicolás. “Fragmentos de Memoria, la transmisión cancelada”. En Sergio Guelerman (Comp.). *Memorias de en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Buenos Aires: Norma, 2001.

CONSTANTINI, Humberto. (Selección). *20 cuentos del exilio*. México: Tierra del Fuego, 1983.

CORTÁZAR, Julio. “Veredas de Buenos Aires”. *Salvo el crepúsculo*. Buenos Aires: Alfaguara, 1985, p. 72.

GALIMBERTI, Umberto. “El alma extranjera”. *Archipiélago*, N° 26-27, 1996.

HUME, David. *Tratado de la naturaleza humana*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1984.

KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara, 1998.

KORINFELD, Daniel. *Experiencias del exilio. Avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta*. Buenos Aires: Del Estante, 2008.

LOCKE, John. *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

LOJO, María Rosa. *Árbol de familia*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

LOJO, María Rosa. *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

MEMORIA ABIERTA. *Testimonio de Sergio Bufano*. Buenos Aires, 20012001.

OLMO, Margarita del. “Remiendos de utopía. Los relatos de los exiliados argentinos en España durante la dictadura militar”. *Xº Jornadas Interescuelas/Departamento de Historia. Rosario: 20 al 23 de septiembre de 2005*.